

El asesino no las quiere rubias

(Una novela “blanca” de Detectives Privados)

Carlos M. Federici

3. ABISMOS DEL INCONSCIENTE

LA DEPOSICIÓN de Hilario Puentes, el sereno de la oficina de Archivos del Ministerio de Obras Públicas (cuya fotocopia obtuviera Dorteros mediante el mismo poco ortodoxo recurso que le agenciara las de los misteriosos textos dactilografiados), estaba redactada en esos términos concisos e invariablemente áridos que son norma en la División Homicidios.

Dorteros prefería añadir a la lectura escueta su método personal de indagación: se reclinaba en su asiento, cerrados los ojos y concentrada la mente, y procuraba representarse las acciones como si las contemplara en un filme. En este caso en particular, conocía al primer actor, Puentes, al menos por fotografía; también había visto las tomas del cadáver de Lucy *in situ*, en copias extraídas de los sacrosantos negativos oficiales. No le habría de resultar demasiado arduo, por ende (y dado su caudal de experiencia en tales lides), el formarse una visión ideal de los sucesos consignados en el documento.

Algo como esto:

Puentes consultó su reloj, confrontándolo maquinalmente con el de la pared. Algo pasadas las doce... Se había entretenido demasiado con el programa tanguero que disparaba el diminuto parlante del radio a transistores. ¡Era hora de la segunda ronda!

Con hondo suspiro, bajó los pies de la mesa y se incorporó del asiento que le sirviera de reclinatorio. Tras inscribir la anotación reglamentaria en el cuaderno (era norma hacerlo al final de cada ronda, pero él consideraba que ahorraba un tiempo precioso procediendo a la inversa), se dispuso a efectuar su recorrida, por fortuna no demasiado extensa.

EL SECTOR Archivo ocupaba un reducido local, anexo al edificio del Ministerio, pero independiente de éste; tal circunstancia, de la que Hilario Puentes se congratulaba, le suponía un esfuerzo harto más desahogado que el de sus colegas del block principal.

Llevándose a “Pirincho” Canaro como melódica compañía, atravesó el corto pasillo que unía su cubículo con el despacho del Director. Por pura fórmula probó la puerta y pudo

constatar, como esperaba, que se hallaba apropiadamente cerrada. Hizo una pausa para encenderse un cigarrillo (¡desde luego que el “Prohibido Fumar” no rezaba con él!) y abrió la puerta de la oficina motejada “grande”, donde laboraba el personal subalterno.

Encendió y apagó la luz casi en un parpadeo, tras comprobar que no habían dejado ninguna ventana abierta. En teoría, Puentes debía entrar para dar una revisada general, pero ya hacía mucho que había calificado de excesiva aquella precaución.

—¿A qué iba a meterse un caco acá? ¡Si no hay nada que valga la pena!

Al fondo, otra entrada comunicaba con el archivo propiamente dicho, donde los vetustos expedientes hibernaban bajo estratos polvosos. Ya la funcionaria encargada, Isis del Solar, le había entregado la llave a las diecinueve y treinta en punto, de manera que no había ninguna razón para molestarse en inspeccionar allí.

De improviso, Hilario se pegó una palmada en la frente.

—¡La Esmeralda ésa! Ahora que me acuerdo, se iba a quedar en el despachito del fondo... ¿Estará ahí todavía? ¡Dios mío! ¡Qué vocación pa'l laburo!

E RA MÁS que posible que la chica ya se hubiera retirado, sin verla Puentes, por coincidir quizás la salida de ella con una de sus reiteradas visitas al W.C. (¡Es la humedad que hay acá, qué quieren!); sin embargo, como diría más tarde en su declaración a la autoridad, “obedeciendo a un impulso repentino” decidió ir a verificar si en realidad ella se había ido.

Ya desde cierta distancia notó el resplandor de la luz interior a través del vidrio esmerilado de la puerta. Meneando la cabeza, se aproximó para golpear.

—¡Señorita Esmeralda! —llamó—. ¿Le falta mucho?

No pensó en irrumpir. Ya una vez, su ingreso intempestivo le había valido un buen rapapolvos de parte del doctor Quintana... El despachito poseía otra entrada, que daba a la calleja transversal: era la que solía utilizar el señor Director cuando venía en plan *extracurricular*. Un par de meses atrás se trató de la tal Isis... ¿Qué tal si ahora era Esmeralda la agraciada?

Puentes se encogió de hombros. ¡Privilegios del rango! ¿Quién era él para opinar en cuanto a cuestiones de moralidad?

Pero no había obtenido respuesta, a todo esto... El sereno apagó la pequeña radio —de la que había venido escapándose un quejumbroso “*¡Quítate el rouge de los labios...!*”, cantado por Mauré— y ladeó la cabeza, con el ceño fruncido. Luego masculló una palabrota.

—¡Esa babieca es capaz de haberse tomado los vientos por la otra puerta, y sin apagar las luces! —y giró el pestillo.

UN FULGOR inesperado lo hizo parpadear. Alzó la mano para protegerse los ojos... y la dejó así, en alto, mientras el cigarrillo le resbalaba de los labios redondeados por el estupor, y su extremo encendido moría aplastado contra el piso, entre una silenciosa pirotecnia en miniatura.

—¿Pero qué cara...?

La luz de la volcada lámpara de mesa arrancaba brillos dorados de la abundosa cabellera desparramada sobre el escritorio, y se rompía en encandilantes destellos sobre las gemas que adornaban los rígidos dedos... Era el estilo de Esmeralda Capurro: *bijouterie* espectacular, vestido breve y ceñido; medias negras caladas y tacones largos y agudos como estiletos.

Puentes se acercó con precaución. ¿Un... desmayo?

—¡Eh! —barbotó—. ¡Señorita Esmeralda!

Sus dedos, estirados hacia la pálida curva de un hombro descubierto, saltaron hacia atrás como si hubiesen rozado un contacto eléctrico.

—¡Está... helada! —musitó, trémulo.

La verdad se abrió paso hasta su entendimiento como el tallo de una planta trepadora: lenta, fatal. Al sereno le castañeteaban los dientes, pero se las compuso para extraer cuanto coraje pudo de su oxidado ánimo y se inclinó, pese a su repugnancia, para ver mejor.

—¡La flauta!...

El tajo del cuello era horrible de mirar, aunque la sangre, ya en proceso de secarse, no lucía del todo roja. Pero no fue la herida el único motivo de conmoción.

—Esa... cara. ¡No es la Esmeralda!

En realidad, según declaró, no tenía idea de quién pudiera ser.

¡Jamás la había visto antes!

...**D**ORTEROS se estiró, como si despertase de un sueño. Se había dejado llevar, reconoció. Por supuesto que el informe oficial era bastante más prosaico en sus términos... En esencia, no obstante, él no habría vacilado en apostar a favor de la veracidad de sus presunciones, formuladas sobre la base de la supuesta idiosincrasia del tal Puentes. El ex comisario se ufanaba de buen catalogador de caracteres, aun en aquellos casos en que disponía apenas de la información indispensable: características faciales y anatómicas, edad, ocupación... Por otra parte, en esta ocasión contaba, además, con el aporte de su hijo,

que se había encargado de transmitirle sus impresiones acerca de los implicados, Hilario Puentes entre ellos.

En la transcripción policial, el texto finalizaba:

“...el suscrito aclaró de inmediato que su confusión fue tan sólo momentánea, y motivada, aparte de su comprensible estado de alteración nerviosa, por su imperfecto conocimiento de algunos funcionarios de la repartición, dadas las disparidades de horarios laborales.

”Una vez superada la conturbación lógica en tales circunstancias, reconoció en la occisa a la funcionaria LUCY GARCÍA FLORES, auxiliar de 2a. Había padecido alguna dificultad en identificarla, según expresó, por llevar la víctima un maquillaje muy exagerado, nada habitual en ella, así como un atrevido escote, como jamás se le viera usar, y, por encima de todo, una escandalosa peluca rubia que ocultaba su cabello natural. Confirmada la filiación de la víctima de autos, cursó la notificación correspondiente a las autoridades. Cuya declaración se asienta de acuerdo a la normativa legal vigente, etcétera, etcétera...”

DORTEROS evocó la fotografía del cadáver. A lo largo de su carrera había visto cientos de imágenes similares; nunca había llegado, sin embargo, a superar la consternación que lo invadía cada vez que las víctimas eran del sexo femenino. Aquellos ojos celestes, agrandados por quién sabe qué extremos de angustia o de terror... ¿o acaso por causa de una incredulidad absorta ante el manotazo injusto y brutal del destino?

La cuchillada era limpia, como si quienquiera que empuñara el arma hubiese dispuesto de un pulso experto; pero se había inferido con tal violencia, que incluso cortó el collar que la víctima llevaba al cuello, deslizándose aquél escote abajo y permaneciendo oculto entre las ropas hasta que se desvistió el cuerpo para la autopsia... Agitándose en la silla, el veterano pesquisante frunció los labios.

—Aquel sonado caso de las degolladas de San Fernando... ¿Fue en el setenta y siete o en el setenta y ocho? ¡Pero no! —Sacudió la cabeza, autorreprendiéndose—. ¡Vamos a no exagerar la deformación profesional, eh!... No hay nada que señale la obra de un psicópata serial en este crimen. Por lo menos, no del tipo de psicópatas que... ¿¿Ehh??

La puerta del despacho, a sus espaldas, se había abierto con violencia. En un solo movimiento sobresaltado, se volvió y se puso de pie, para enfrentar al intruso.

Con expresión demudada y tono alterado:

—¡Dios mío! —barbotó—. ¿Qué diablos te pasó a vos?

EL REGRESO, en el auto de Juan Carlos, estuvo pautado de silencios, con amplio espacio entre los dos y un peso extraño agobiándoles los espíritus.

Para Juan Carlos, sencillamente habían sido demasiadas emociones en una sola noche. ¡Cuando pensaba que creyó *conocerla!*... Existían facetas en ella que no habría anticipado jamás, al mirarla a los ojos, límpidos y azules. ¿Podría suceder que esa alma se retorciera en oscuros meandros, velados a la ajena perspicacia por la pulida textura externa?

No se atrevió a demandarle explicaciones. Ya las daría ella espontáneamente, cuando lo juzgase oportuno...; y, de todos modos, él no estaba del todo seguro de querer oírlas. En realidad, comenzaba a plantearse en forma seria la posibilidad de reconsiderar los alcances de su mutua relación.

—Juan Carlos...

Fue muy poco más que un suspiro, enmascarado por el rumor del automóvil, pero lo hizo saltar igual que un pellizco. Además, advirtió no sin cierto absurdo matiz de complacencia, era la primera vez que ella lo había llamado por su nombre sin añadir alguna cuchufleta.

—¿Mmm...?

La observó de soslayo. El perfil formaba unafiligranado diseño oscuro sobre la ventanilla, contra el fondo fluido de la calle que atravesaban. Le hizo acordar, por un instante, de esas siluetas de papel negro, que anónimos artistas callejeros recortaban con tijeritas, según las líneas del rostro que procuraban reproducir... Ahora que pensaba, no había vuelto a ver a ninguno de éstos desde que dejara atrás la infancia. ¡Le parecía algo tan lejano!

Virginia Linares, en cambio, era el presente, recordó: aquí y ahora. ¡Y urgía la solución de sus misterios!

—Quisiera que no hubieses tenido que... presenciar eso —murmuró ella—. ¡Y mucho menos que sucediera...!

—No te preocupes —repuso el hombre, con sequedad—. Ya pasó.

—¡Qué habrás pensado de mí! Pero es que no sabés...

El, silencioso, doblaba con precaución las falanges doloridas sobre el aro del volante. ¿Que no sabía qué?, se dijo. ¿Qué historia tan tremenda podría justificar lo que había visto con sus propios ojos?

El odio al desnudo en su mirada. El ansia *homicida*.

¿En Virginia Linares..., la psicóloga? ¡No terminaba de aceptarlo!

Y A CALMADOS los ánimos, Dorteros e hijo paladeaban sendos pocillos de humeante café. El más joven se había sentado “a contrasilla”, una pierna a cada lado del respaldo y la barbilla alojada en el cruce de las muñecas.

Su padre permanecía reclinado en el asiento del escritorio. De repente apuntó con el índice a Juan Carlos.

—¿Sabías que sentarse de ese modo —sonrió— indica un temor inconsciente hacia las mujeres?...

—¡Por lo que más quieras, viejo! ¡Nada de psicología! ¡Ya tuve más de la que puedo digerir!

El ex comisario rió entre dientes.

—¡Buen susto me pegaste al entrar!

—¡No te imaginás cuánto lo siento! —gruñó el junior.

—¡Traías una cara!... Pensé que te habían asaltado.

—¿De veras?

—¡Si te hubieras visto!... Te juro que me alarmaste. Pero, en fin, lo que corresponde ahora es mirar las cosas fríamente y reflexionar. A ver, para empezar: ¿quién diablos era el individuo ése?

JUAN Carlos resopló (suspirar no es de hombres); se despojó de los lentes y se abstrajo en su limpieza. Mediante tal recurso, no dejó de advertir el padre, eludía mirarlo mientras hablaba. Muy comprensible, dadas las circunstancias.

—Según me contó Virginia después, en el auto—dijo el joven—, se llama, o se hace llamar, Luciano Di Reggia. Es algo así como un colega de ella, aunque sus puntos de vista son diametralmente opuestos, a lo que parece...

—¿Psicoanalista?

—Ajá. —Juan Carlos parpadeó—. ¿Vos lo conocés?

—No, pero siendo ella conductista (como no se cansa de proclamar), es obvio que él ha de ser partidario de la escuela freudiana, si se antagonizan tanto como dijiste.

—Bueno, sí; es más o menos lo que ella me explicó, pero...

—¡...Pero eso no justifica su explosión!

—No, por supuesto. Creo que hay algo más *personal* entre los dos. Un rencor que...

Dorteros alzó un dedo.

—Tiene que ver con... Lucy García, ¿no es así?

—¡Diez puntos, viejo! Los dos...

—...Se la disputaron como paciente, ¿cierto?

Fue demasiado. Juan Carlos se levantó con un gruñido.

—¿Lo cuento yo, o te las arreglás vos solo para terminarlo? —protestó.

—Era para facilitarte las... ¡Está bien, está bien! ¡Pero mirá qué carácter tenías!... Seguí nomás con el cuento, que te prometo solemnemente no volver a interrumpirte.

—¡Es que no es tan simple como lo estás planteando! Resulta que el sujeto ése, Di Reggia, sería un gusano repugnante (según Virginia), culpable de mil y una violaciones a la ética profesional, tales como aprovecharse de la dependencia creada en determinadas pacientes, para obligarlas a todo tipo de servilismo, incluidas las... ¡Ya sabés! ¡Lo más bajo que hay! ¿Te das cuenta?

—¿Y no se le acusó nunca? —indagó Dorteros.

Su hijo sacudió la cabeza, saliente el labio inferior.

—Parece que se trata de un bicho astuto como el Diablo... Además tiene muchos contactos en lo los lugares clave. Y, por otro lado: ¿qué probabilidad tendrían las acusaciones de mujeres *supuestamente histéricas*? ¡Las pacientes llevarían todas las de perder, aun cuando dijesen la verdad!

DORTEROS se levantó y empezó a dar vueltas por la pequeña habitación, señal en él de cavilación profunda. Dorteros hijo, esclavo del endiablado espíritu de contradicción que ya era sindrómico en su mutua convivencia, volvió a ocupar la silla de madera, en forma ortodoxa esta vez.

—Entiendo que ella le profese antipatía —dijo el antiguo criminalista—, máxime si respeta la dignidad de su labor. Pero sin duda existen métodos menos... extremistas que el escándalo en público para combatir a un colega corrupto. ¡El celo profesional no excusa la agresión física!

—¡Ya te dije que debe haber una cuestión de índole más personal!

—¿Pero podrá ser tan grave como para...? ¡Según vos mismo, parecía dispuesta a hacerle tiras la cara con las uñas!

—Sí... Eso sí. ¡De verdad que me impresionó! Nunca la había visto ponerse así.

—¿Y podrá tener algo que ver... con Lucy? —inquirió Dorteros.

—Bueno —repuso su hijo—, según Virginia, Di Reggia no hizo más que empeorar las tendencias depresivas de Lucy, al someterla a una terapia de mucho riesgo para ella, a base de obligarla a hurgar en su pasado y...

El ex policía alzó un hombro, sin detener sus paseos.

—Así es como funciona el psicoanálisis. ¡No lo inventó Di Reggia!

—¡Pero es que la chica no adelantaba, sino que se hundía cada vez más en su trastorno!... Virginia, a propósito, la conoció por casualidad, hará unos seis o siete meses, a través de un programa radial en el que ella atendía consultas telefónicas de la audiencia...

—¿Y Lucy la llamó? Mmm... ¿Estás enterado de cuál era su... problema?

—De acuerdo a lo que me contó Virginia —contestó Juan Carlos, midiendo las palabras—, todo radicaba en un exceso de timidez y falta de autoestima... Era una muchachita menuda, de ojos oscuros y tristes, que se desvivía por llamar la atención del sexo opuesto, aunque no tenía la menor idea de cómo se conseguía eso. ¡Y cada día se replegaba más en sí misma!

—Un caso de tantos, a lo que veo... ¿Tu amiga no llegó a ubicar el origen del trastorno?

JUAN Carlos se quitó de golpe las gafas, enarbolándolas como un banderín.
—¡Es que los conductistas no indagan esas cosas! Virginia, por cierto, me lo enfatizó mucho. Ellos prescriben conductas “positivas”, y “reforzamiento” de las mismas... ¡Así se logran recuperaciones satisfactorias en lapsos relativamente cortos, según ella! Precisamente, fue ese método el que le aplicó a Lucy.

—Ya veo —dijo Dorteros—. ¡Mientras tanto, los psicoanalistas alargan las terapias durante meses y meses!

—Y en tanto fingen explorar el inconsciente, interpretar los sueños y todo ese blablablá, despluman a los pacientes. ¡Creo que por esa causa, Virginia no los puede ver ni pintados!

—¿Se lo enrostró a Di Reggia cuando pelearon?

Balanceando los anteojos, cuyas patillas sostenía entre el pulgar y el índice, Juan Carlos replicó:

—¡No! En realidad, fue él quien la acusó a *ella*. ¡Le achacó la responsabilidad de la muerte de Lucy García!

—¿Y era infundada la acusación?

—¡Vamos, viejo! ¡Ahora va a resultar que ella...! —y se detuvo en seco.

—¿Decías...?

—Ella misma se culpaba por eso —musitó el joven, con la vista baja—. ¡Estaba sollozando cuando llegó el tipo! Y entonces él le lanzó un sarcasmo, justamente sobre el tema, lo cual debe de haberla puesto fuera de sí... ¡De otro modo no consigo explicarme su cambio!

—Sin embargo —manifestó el padre—, no me parece difícil de entender. ¡Estaba volviéndose contra el otro precisamente porque le hacía notar su culpa! Es una reacción de lo más típica..., pero ya se sabe que uno de los temas en el que los psicólogos suelen fallar es el

autoanálisis. De cualquier forma —Dorteros meneó la cabeza—, si la reacción de Virginia fue tal y como me la contaste, y siempre y cuando no hayas añadido drama de tu cosecha...

—¡Ya quisiera yo! Todavía me quedé corto.

—Bien. —Dorteros levantó una mano—. Suponiendo que las cosas ocurrieran así, ¡todavía no hallo motivos válidos para un estallido de histeria como ése! ¿Estás bien seguro de que no hay nada más?

—Creo que sí... Virginia se quejaba de que Di Reggia, valiéndose de quién sabe qué recurso maquiavélico, había vuelto a arrebatarse a la paciente..., ¡y a sabiendas de que la perjudicaba!

DORTEROS dejó de caminar.

—¡Ah! Eso es interesante. ¿El mismo lo confesó?

—Con todo cinismo le dio a entender a Virginia que no le preocupaba tanto la recuperación de Lucy, como el salir ganando en aquella pugna de orgullos. Por otro lado, la chica le *atraía* en cierto modo, según dijo; y con ese problema de incomunicación que padecía ella, bueno..., sólo era cuestión de tiempo para que... ¡Vos me entendés!

—¡Toda una joyita, el tal! Comprendo que despierte antipatías... ¡Pero de ahí a llenarle la cara de arañazos, como decís que quiso hacer ella!...

—Es que falta el colofón. ¡Por algo te pedí que no me interrumpieses! Parece que Di Reggia finalmente *descubrió* algo del pasado de Lucy... No sé si sería un trauma de la infancia, o alguna psicopatía... Como fuese, afirmó que contaba con pruebas suficientes para demostrar que la *mala praxis* de Virginia ¡había sido en definitiva la causa de la trágica muerte de Lucy!

Dorteros se dejó caer en la silla acojinada, enfrentando a su heredero.

—Una acusación grave. ¿Y en tu opinión... bluffeaba?

—Bueno... —Juan Carlos decidió reiterar el pulido escrupuloso de sus cristales ópticos—. Según Virginia..., nada es cierto. En resumidas cuentas, todo se reduce a la vieja polémica sobre los métodos terapéuticos.

”Los psicoanalistas, irónicamente, comparan a las terapias conductistas con esa mano superficial de pintura que se da a las paredes manchadas de humedad, a fin de vender la casa sin muchas demoras... El edificio parece como nuevo, pero la humedad sigue carcomiendo por debajo, hasta que se caen los muros a pedazos. ¡Por ahí discurría la argumentación del tipo!

—Todo eso, según Virginia, ¿eh?

—Sí... ¡Según ella!

—¿Y qué opinás vos del asunto?

—¿Yo? ¡Yo no soy psicólogo!

—Pero conocés un poco a Virginia Linares. ¿Te parece que está diciendo la verdad?

Juan Carlos, a su pesar, volvió a tener delante la expresión alterada de ella, la mirada asesina, los dientes descubiertos... Guardó el pañuelo en el bolsillo trasero del pantalón y se caló las gafas para encarar a su progenitor.

—Es que ahora ya no sé si la conozco —confesó a regañadientes—. ¡No me animo a opinar tampoco en eso!

Dorteros levantó las cejas; luego se encogió de hombros.

—Voy a tener que hablarle yo, entonces, para formarme mi propio juicio. ¿Cuándo se ven de nuevo?

—Ni idea —repuso Juan Carlos. Y, tras una pausa, rencoroso—: ¡Maldito gusano! —escupió—. ¡Ojalá reventase!

EN ESE mismo instante (aunque ninguno de los dos lo sabía), una mano enguantada oprimía el timbre del departamento de Luciano Di Reggia, psicoanalista de la escuela freudiana clásica.

Este no se había acostado aún, nervioso por el incidente de la cafetería. El timbrazo lo sorprendió con una botella de ron de Jamaica a medio vaciar. Sosteniendo un trozo de hielo contra el ojo derecho, acudió a abrir.

El lo ignoraba, pero no le quedaban más de doce minutos de vida.

© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policíacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

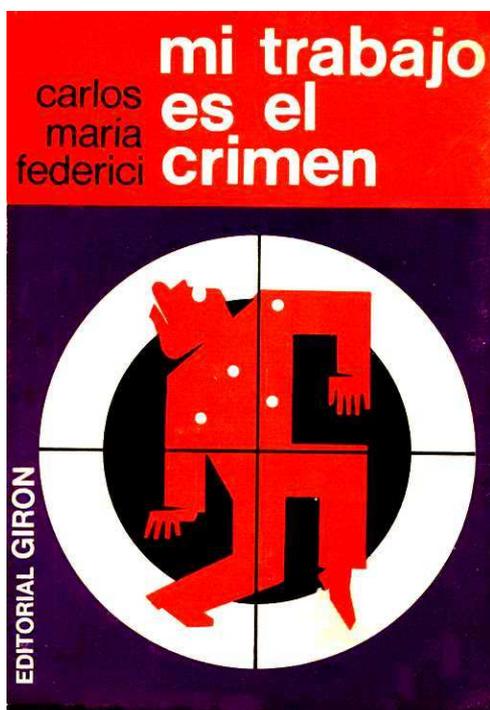
cmfederici@hotmail.com

Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



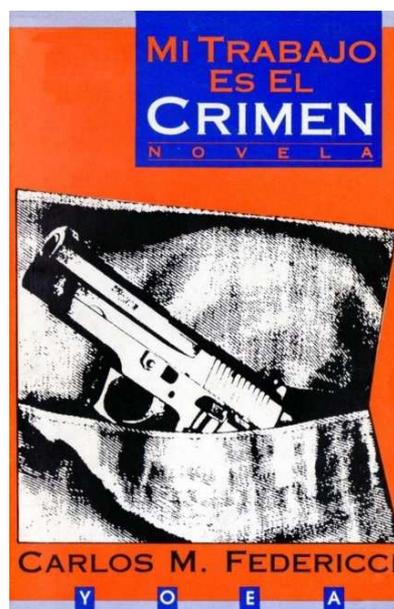
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

La orilla roja, 1972

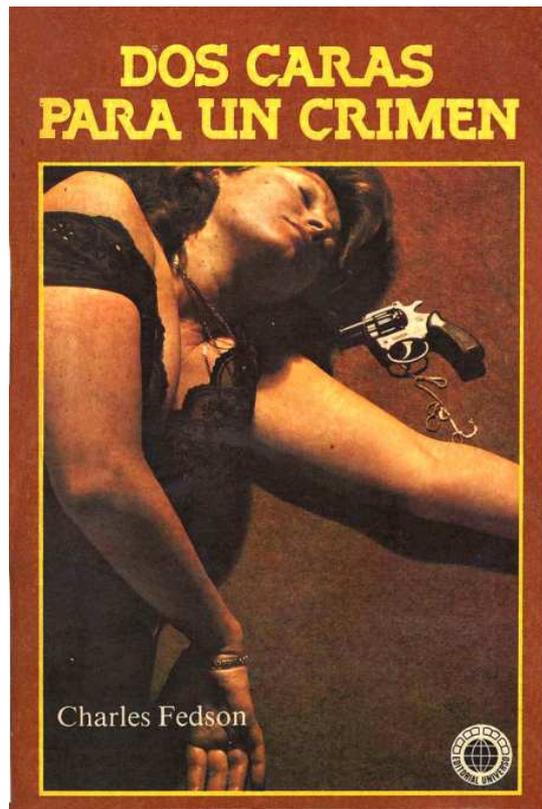


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

Mi trabajo es el crimen, 1974



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...

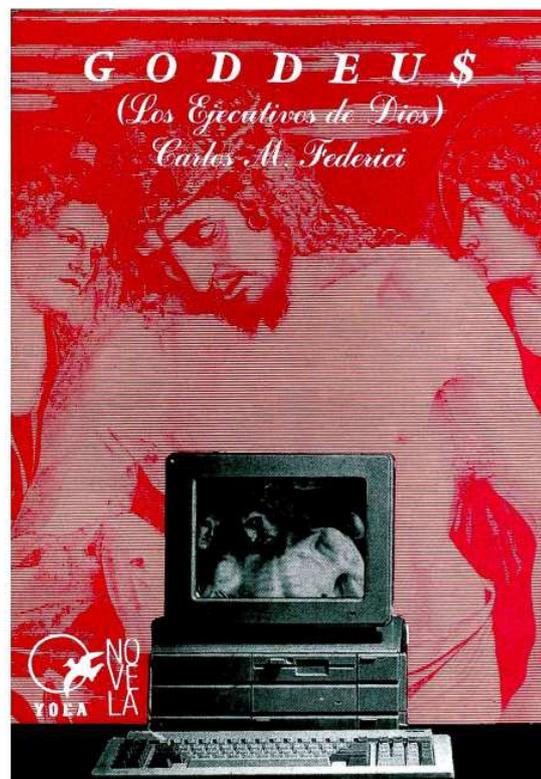


Dos caras para un crimen, 1982

Carlos María Federici, nacido en Montevideo y conocido a nivel mundial por sus cuentos y relatos (policiales y de ciencia ficción). Comenzó su carrera literaria en el año 1961, publicando para la revista "Mundo Uruguayo". En 1968 la revista española "Nueva Dimensión" publica su primer cuento y es corresponsal de la misma desde el año 1973. Trabajó para diversas revistas de Bélgica, Suiza, Argentina y México.

Entre sus libros editados se encuentran:
La ovilla roja (Argentina 1972). Posteriormente adaptada para *El Diario*.
Mi trabajo es el crimen (Montevideo 1974)
Los caras para un crimen (México 1982)
GODDEUS, los Ejecutivos de Dios, excelente novela premiada en el certamen literario municipal bienio 1972-73. Fantasía estilo "best-sellers", ambientada en el Vaticano.
 El protagonista es un latinoamericano que se ve envuelto en una campaña publicitaria en pleno período de cambios, que convulsionarían a la Iglesia en los años 60.

NOVELA
 YOE LA



Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989